

ALEKSANDAR HEMON

*El hombre
de ninguna parte*



Jozef Pronek, un joven crítico de *rock*, lleva en Chicago una vida de nómada al borde de la nada, recorriendo el circuito de los trabajos basura ofrecidos a los inmigrantes. Hemon nos desliza por el tobogán del tiempo a la adolescencia de Jozef en el Sarajevo de los años setenta, donde tenía una banda de *rock*; nos lleva a Kiev, donde había ido a visitar a su abuelo, y conoció a George Bush (padre); asistimos a sus hilarantes, gozosos, primeros encuentros con el sexo; a su humillante experiencia como soldado; a su vida cuando aún podía ser un hombre de algún lugar. Pero ¿quién es realmente Jozef Pronek, ahora, en los años noventa? ¿Por qué ambiguos narradores construyen a Pronek a la manera de un cuadro cubista de múltiples facetas?

EL HOMBRE DE NINGUNA PARTE

Aleksandar Hemon

Los sucesos corrientes están alineados en el tiempo, permanecen enhebrados en su curso como en un hilo. Allí tienen sus antecedentes y sus consecuentes que, apretujándose, se pisan los talones sin parar, sin cesar. Esto también tiene su importancia en la narración, ya que su alma es la continuidad y la sucesión. Mas ¿qué hacer con los acontecimientos que no tienen su propio lugar en el tiempo, los acontecimientos que llegaron demasiado tarde, cuando el tiempo ya había sido distribuido, compartido, descompuesto, y ahora se hallan suspendidos, no clasificados, flotando en el aire desamparados y errantes?

BRUNO SCHULZ, en «La época genial»,
Sanatorio bajo la clepsidra

1. Pascua

Chicago, 18 de abril de 1994

De haber estado soñando, habría soñado que era otra persona, con una diminuta criatura amadrugada en mi cuerpo, arañándome las paredes del pecho: un sueño recurrente. Pero estaba despierto; escuchaba la llovizna del interior de mi almohadón, los muebles que se combaban furtivamente, la casa que crujía bajo los embates del viento. Estiré las piernas, con lo que la manta menguó y mi pie derecho asomó del sedimento de la oscuridad como un faro achaparrado y apagado. Las persianas farfullaron algo, comentando mi movimiento, pero enseguida callaron.

Cerré la puerta del baño y los colgadores de las toallas temblaron. Había un acre olor a cortina de ducha de plástico y a jabón desintegrándose. El inodoro estaba boquiabierto, y en su interior había un trozo de papel medio disuelto que palpitaba como una medusa. Del grifo salían tercas gotitas. Me quité los calzoncillos y los coloqué en un montón, a continuación me metí en la ducha, detrás de la cortina, y dejé correr el agua. Ínfimos arcos iris encerrados en el interior de las gotitas formaron el inevitable y vertiginoso torbellino, mientras fantaseaba con derretirme bajo la ducha y desaparecer por el desagüe.

Bajé las escaleras llevando un montón de ropa sucia, procurando no tropezar con el impertinente gato. Coloqué la ropa encima de la lavadora, que se estremeció como de placer, y tiré de la cuerda que colgaba en la oscuridad: alrededor de la bombilla, el aire se llenó de telarañas. Tuve que esperar a que dejara de dar vueltas antes de meter la ropa en la lavadora, por lo que seguí al gato hasta la otra habitación. Había cajas llenas de objetos que debían de haber sido abandonados por los inquilinos –¿quiénes serían?– que anteriormente habían vivido en uno de los apartamentos: rollos de papel pintado, un paraguas con las varillas rotas, un balón de fútbol deshinchado, una colección de zapatos con medias suelas, un marco sin foto, marañas de polvo anónimo. De nuevo en el lavadero, trasladé las ropas empapadas de los del piso de arriba a la secadora, a continuación llené la lavadora. En la otra habitación, el gato galopaba de un lado a otro y emitía sonidos de lucha, persiguiendo algo que yo no podía ver.

Aquél era el día de la entrevista. Por pura desesperación, había llamado –me parecía que hacía años– y concertado una entrevista para trabajar de profesor de inglés como segunda lengua. Me había quedado sin trabajo en la librería del Instituto de Arte cuando acabó la temporada de Navidad, incluida la locura del período posterior de rebajas. Mi trabajo consistía en desempaquetar cajas de libros, colocarlos en los anaqueles, y luego aplastar las cajas y tirarlas. Aplastar las cajas era mi parte favorita, esa destrucción controlada y benigna.

Dos huevos blancos se agitaban en el agua hirviendo, como ojos sin iris. El suelo estaba pegajoso, de modo que tenía que despegar las suelas a cada paso: me acordé de las películas en las que la gente camina por el techo, boca

abajo. Una cucaracha correteó por la madera de cortar, intentando esconderse detrás de la cocina, en lugar seguro. Imaginé el calor grasiento de ahí atrás, los valles de suciedad, los cables serpenteando como carreteras. Me imaginé allí, después de haber agarrado un pedacito de alguna monda, después de casi ser partido en dos por algo inmenso que se cernía sobre *mí*.

Lo había intentado en otras librerías, pero no me querían. Había intentado encontrar trabajo de camarero, contando elaboradas mentiras acerca de mi experiencia en los mejores restaurantes de Sarajevo, todos ellos de gran categoría europea, y, encima, inexistentes. Había gastado mis míseros ahorros y estaba en la fase de vender los muebles. Por un total de setenta y cuatro dólares vendí un futón venido a menos con un intrincado dibujo de vómito de gato; una mesa que cojeaba con cuatro sillas inexplicablemente arañadas, como si hubieran caminado por campos de alambre de espino. Iba atrasado con el alquiler, y ya había consultado la palabra *desahuciar* en el diccionario, con la esperanza de que el primer significado («Quitar a alguien toda esperanza de conseguir lo que desea») pudiera más que la tercera definición, la que interesaba al dueño, y me salvara el culo.

Lo que resultaba atterradoramente simple era que, cuando yo estaba dentro, no había nadie en el porche: las sillas de plástico verde se congregaban alrededor de nada; el columpio aún temblaba bajo un peso invisible; las macetas vacías les hacían frente, como cabezas de la Isla de Pascua. Una mosca zumbaba en el cristal, como si intentara atravesado con una sierra diminuta. En la casa que había al otro lado de la calle, un hombre con el pecho descubierto, escuálido como un preso de un campo de concentración –le asomaban los omóplatos, las sombras de las costillas le marcaban rayas en el torso–, entraba y salía de

la casa febrilmente, y al final desapareció en el interior. Estaba a punto de cerrar la puerta con llave cuando vi al gato royendo la cabeza de un ratón, revelando con paciencia su esencia carmesí.

Y no había sido sólo el dinero. Cuando no podía aplastar cajas, leía obsesivamente los periódicos y miraba la tele (hasta que la vendí) para ver lo que pasaba en mi país. Lo que ocurría era la muerte. También había mirado esa palabra en el diccionario: «El acto o hecho de morir; el fin de la vida; el cese definitivo e irreversible de las funciones vitales de una planta o de un animal».

El aire era untuoso y cálido, así que me quedé en la calle, inhalando. Hubo un tiempo en que ese olor señalaba el inicio de la temporada de las canicas: el suelo pronto estaría blando y no tendrías que llevar guantes, podrías meter las manos en el bolsillo —a la espera de tu turno, haciendo girar las canicas con las puntas de los dedos— hasta que una línea roja te aparecía en la palma, señalando la frontera entre la parte de la palma que estaba dentro y la que estaba fuera. Entonces te arrodillabas y dejabas una hendedura en el suelo, manchando los pantalones, ganándote el inexorable castigo de tus padres. Tenía un par de canicas en el bolsillo, además de un billete combinado para el tren elevado, arrugado y frágil.

Una mujer con pecas primaverales, a remolque de un akita gigante, me sonrió sin razón aparente, y me bajé de la acera —confundido por la sonrisa, asustado por el akita—. Dejé pasar a la mujer y seguí andando lentamente, como si caminara entre aguas profundas, porque no quería que pensara que la estaba siguiendo. El akita lo olisqueaba todo, reuniendo información de manera frenética. La mujer

se dio media vuelta y me volvió a mirar. Yo tenía el sol a la espalda, de modo que entrecerró los ojos, arrugando el puente de la nariz. Parecía estar a punto de decir algo, pero el akita se la llevó a rastras, casi arrancándole el brazo. Me quedé aliviado. Prefería ser un recuerdo vago y agradable a tener que explicarle que no tenía trabajo, y que cuando tuve uno consistió en aplastar cajas.

Pasó un coche cuyos cristales temblaron. Lo conducía un adolescente que me apuntó con el dedo y disparó. Crucé la calle para mirar una hoja de papel clavada en un árbol, delante de un edificio que exudaba humedad. El cartel decía en letras rojas:

PERRO PERDIDO.

HE PERDIDO UN PERRO MACHO, ESTE SPANIEL MEZCLADO, Y SE LLAMA AFORTUNADO. TIENE UNAS OREJAS MUY MUY LARGAS Y UN PELO RIZADO DE COLOR MARRÓN DORADO Y LA COLA CORTA Y ES MUY AMIGABLE, UN POCO LOCO. SI ALGUIEN ENCUENTRA A MI PERRO POR FAVOR CONTACTE CON MARTA.

MARTA

Delante de la estación del tren elevado, un hombre con un sombrero hongo negro tocaba la pandereta; no llevaba ningún ritmo identificable, y cantaba una canción acerca del espíritu que hay en el cielo con una voz monacorde y desencantada. El hombre me sonrió, mostrando grandes huecos en su dentadura. Cuando yo era niño, escupir entre los dientes se consideraba una gran habilidad, porque podías lograr precisión, igual que esas serpientes de *Supervivencia* cuando le lanzan veneno a un ratón de campo aterrado, pero yo tenía los dientes demasiado jun-

tos, y nunca podía hacerla. Tras cada intento, me goteaba saliva por la barbilla.

La estación olía a orina y petróleo. Una mujer con el pelo a lo rastafari, vestida con un chaleco amarillo, rebuscaba en un armarito de puertas metálicas debajo de la escalera, hasta que sacó una pala y la miró con sorpresa, como si esperara otra cosa. Subí al andén por la escalera mecánica y esperé a que aparecieran las luces del tren. El viento hacía rodar una lata vacía hacia el borde: la lata se detenía, intentaba resistir el empuje, luego seguía rodando, hasta que por fin cayó por el borde. Un ratón correteaba entre los raíles. Supuse que se electrocutaría en el tercer raíl: unas cuantas chispas, un chillido agudo, un ratón pardo y tieso, aún sorprendido por lo repentino de su fin.

«Todo lo que pedimos», dijo un joven con las manos juntas por encima de la entrepierna, «es que le entregues tu vida a Jesús y le sigas al Reino de Dios». Su compañero, ancho de hombros, barbado, recorría el vagón ofreciendo a todo el mundo una bolsa de cacahuetes y la salvación. Una anciana con una bolsa de plástico sobre el pelo gris y ahuecado sonrió repentinamente, como si una punzada de dolor le hubiera recorrido el cuerpo en ese mismo instante. Un viejo apergaminado, con una mueca de perplejo horror, y un amarillento sombrero de paja, levantó los ojos hacia el hombre de los cacahuetes. Una joven que estaba delante de mí —una lengua puntiaguda de cabello le tocaba el cuello, y olía a canela y leche— leía el periódico. SE DERRUMBAN LAS DEFENSAS DE GORAZDE, rezaba un titular. Yo había estado en Gorazde sólo una vez, y sólo porque había vomitado en el coche, de camino a alguna parte, y mis padres se detuvieron en Gorazde para limpiar lo que yo había ensuciado. Recuerdo que luego me colocaron en el asiento delantero, me entró sed y me puse a temblar, y que a mi padre, en el asiento de atrás, le venían arcadas

mientras lo limpiaba con un trapo; a continuación mi padre abandonó el vómito envuelto en el trapo junto a la carretera, y unos animalillos hambrientos y desesperados salieron de los arbustos para devorarlo. La mujer le entregó un dólar perfectamente doblado al hombre de los cacahuetes, le cogió una bolsa y la abrió, y a continuación comenzó a masticar los cacahuetes. Yo dije: «No, gracias». Granville, Loyola, Morse. La mujer pasó la página, y sobre ella cayeron unas cáscaras de cacahuate. CIELOS SOLEADOS Y CALOR EN CASI TODO EL PAÍS. Todos nos bajamos del tren en Howard, dejando las cáscaras de cacahuate y a un borracho con una gorra de los Cubs desplomado en un rincón.

Ir en la misma dirección que una masa de gente provocaba un efecto eufórico y perturbador. Nos congregamos en lo alto de la escalera mecánica y entonces todos descendimos; atravesamos diversas barras giratorias que nos dieron unos golpecitos en la espalda, como si acabáramos de volver de una peligrosa misión. En la sombra aromatizada con orina de la estación, los autobuses se alineaban en una perspectiva perfecta, succionando pasajeros por las puertas delanteras. Una señal desgastada por el tiempo, colocada sobre una máquina de Coca-Cola, decía NO FUNCIONA; detrás, un cartel roto anunciaba la llegada —el año pasado— de un circo: se veía un payaso con una media sonrisa histérica y la trompa erecta de un elefante, que sostenía una vara con una estrella brillante en la punta. Yo nunca había dado clases de nada en mi vida, y mucho menos de inglés, pero la desesperación era mi leal aliada.

Me puse las manos en el bolsillo de la chaqueta: un par de canicas, una bola de borra, una moneda, un billete combinado. Recuerdo estos objetos triviales porque recuerdo que miraba a una mujer negra ya mayor: un abrigo de

mezclilla, un sombrero en forma de campana, los nudillos apretados en torno al mango de un bastón, inclinada ligeramente hacia delante. Poder poner las manos en los bolsillos, me dije, no es algo tan malo, los bolsillos son el hogar de las manos.

Había un banco en el que nadie se sentaba, incrustado de manchas. Levanté la mirada, y sobre una viga de acero situada encima de mi cabeza había posado un jurado de palomas, zureando maliciosas. Se ahuecaban y se desinflaban, parpadeando en un gesto de desdén, soltando heces sin esfuerzo. Cuando era niño, pensaba que cada vez que nevaba era porque Dios se cagaba encima de nosotros. El autobús con destino Touhy llegó y nos pusimos en fila a la puerta. Experimenté un intenso estornudo de felicidad, simplemente porque había conseguido no perder mi billete combinado.

El autobús olía a una poción desinfectante desconocida, a restos de sudor salchichero y a una indefinida sequedad de polvo. El jurado de palomas echó a volar cuando el autobús arrancó, clavándonos en nuestros asientos, hasta que todos nos vimos diligentemente impulsados hacia delante. Tenía un amigo –lo mató un acelerado trozo de metralla– al que le gustaba pensar que existía una parte tranquila del universo en la que un cuerpo podía llevar una velocidad uniforme, ir en la misma dirección, a la misma velocidad, sin detenerse ni entrar en ningún campo gravitacional. Este autobús, por ejemplo, se habría movido con una velocidad constante y agradable por Touhy, sin detenerse en los semáforos, hasta Lincolnwood, Park Ridge, Elk Grove Village, Schaumburg, Hanover Park, habría atravesado Iowa y lo que hubiera más allá de Iowa, hasta la mismísima California, y luego surcado el Pacífico, deslizán-

dose por las aguas infinitas hasta llegar a Shanghai: en este barco habríamos acabado conociéndonos todos, habríamos hecho todo el camino juntos.

El autobús se detuvo abruptamente en Western, el conductor se puso a tocar la bocina violentamente, y a continuación nos echó una mirada colérica por el retrovisor. Un hombre cruzaba la calle delante del autobús con una alfombra enrollada que se doblaba sobre su hombro, los extremos tocando el suelo. El hombre se encorbaba bajo la carga, el cuello inclinado, las rodillas cargadas, como si transportara una pesada cruz.

Avanzamos, pasamos por el Santuario Capilar de la Luz Interior, AutoZone PartsWorld, Monumentos Wultan, Tierra de Submarinos; cruzamos la Avenida California, seguimos por la Cafetería Familiar Barnaby & Scribner, el Centro Médico Monte Sinaí, *Pizza Estilo Oriental*. Me apeé del autobús delante de un restaurante chino. Se llamaba Nuevo Mundo, y estaba vacío, en la ventana había un cartel que rezaba SE ALQUILA.

Aún me quedaban unos minutos antes de la entrevista, y aún no estaba preparado para entrar y conseguir el empleo (¿cómo iba a enseñarle algo a alguien?), de modo que deambulé delante de la tienda de fotografía que había junto a Nuevo Mundo. Un cartel en el escaparate – gruesas letras negras– decía:

SE HACEN COPIAS DE FOTOS VIEJAS
DE CUALQUIER TAMAÑO
COLOR
○
BLANCO Y NEGRO

Había una foto en blanco y negro de unos mineros, los ojos centelleando tras una máscara de polvo gris. Sujetaban solemnemente las piquetas, los cascos bien hundidos en la cabeza. En otra foto, tres chavales con pantalones bombachos y chaquetas con unas mangas que no les llegaban a la muñeca estaban de pie, a un paso el uno del otro, todos con los mismos ojos tenebrosos, el pelo rapado y unas orejas grandes que se extendían como alitas.

Había una foto de Antes y otra de Después: la foto de Antes mostraba a un hombre con una barba larga y ensortijada que lentamente le engullía la cara y unas arrugas oscuras en torno a unos ojos tenebrosos. Estaba sentado, las manos entrelazadas en el regazo. A su izquierda se veía a un hombre más joven, la mano derecha tocando cautamente el hombro del anciano. Faltaba la esquina superior derecha de la foto, incluyendo la mitad del gorro judío del joven. Los dos hombres estaba cortados por una línea quebrada (el anciano en el pecho, el joven en la cintura), y había un rastro de manchas blancas que se extendían hacia la barba del anciano: un pliegue y su consecuencia, creado en el bolsillo de alguien. La foto de Después no mostraba manchas, ni pliegue, y el gorro estaba restaurado. Las caras eran más blancas, y la mano del joven apretaba con fuerza en el hombro del anciano: allí donde estuvieran ahora, estaban unidos. Sólo con que pudiera permitirme sucumbir a esa pena consuntiva, dejar de caminar con la barbilla alta, y simplemente derrumbarme, como una caja aplastada, las cosas serían mucho más sencillas. Había una foto del centro comercial Lake-in-the-Hills por la noche, todo él de un deslumbrante neón azul, neón amarillo y neón rosa.

Necesitaba el empleo. Calculé: si me sacara mil dólares al mes, podría pagar inmediatamente el alquiler de marzo y parte del alquiler de abril, y luego gastarme unos cincuen-

ta en un colchón. Tenía mariposas en el estómago, arrancándose las alas las unas a las otras, comiéndose con saña el abdomen mutuamente. El césped que había delante del Instituto Ort tenía llagas primaverales. Sobre las matas volaba una flota de mosquitos, aún adormilados tras una larga siesta, decidiendo qué hacer: decidirse por el verde lumpen de las matas, o volar hasta un parabrisas y acabar allí aplastado.

La recepcionista era una mujer delgada, muy maquillada, como si jamás se hubiera desmaquillado, y simplemente se hubiese ido añadiendo capas y capas. «Tome asiento», dijo, poniendo una mueca de disgusto y apretando los ojos, como si sospechara de mí. Me senté en un sofá ocre, y al aposentarme una moneda de cinco centavos saltó hacia mí desde el otro extremo del sofá, con lo que me la metí en el bolsillo. La recepcionista hablaba por teléfono, los labios tan cerca del auricular que lo manchaba de carmín, sin apartar la vista de mí ni un momento, como si me estuviera describiendo: es alto y fornido, cabeza cúbica, no muy bien vestido, habla con acento del este de Europa, una cicatriz le cruza el cuello. Al otro lado del vestíbulo había un candelabro judío sobre un pedestal, al pie del cual se leía una inscripción en hebreo. Procedente de detrás del candelabro, oí el discordante canturreo de un coro, oí las rígidas consonantes y las flexibles vocales:

No he leído *Moby Dick*.

No he visto el Gran Cañón.

No he estado en Nueva York.

No he sido rico.

Las paredes eran de un marrón claro, y las alfombras de un marrón alicaído, y la mujer que avanzaba hacia mí se inclinaba hacia delante, se movía deprisa. Se detuvo con brusquedad, estirando una invisible correa hasta el extremo. «¡Hola!, –dijo—. Soy Robin». Hablaba con unos